

## Antonio Padilla Arroyo

Profesor-investigador de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Licenciado en Sociología por la UNAM; doctor en Historia por El Colegio de México. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Líneas de investigación: historia social e historia de la educación, siglos XIX y XX. Autor de artículos y libros de la historia social en México. Entre sus últimas publicaciones destacan: *Tiempos de revuelo: juventud y vida escolar. (El Instituto Científico y Literario del Estado de México, 1910-1920)*, UAEM/Miguel Ángel Porrúa, México, 2004; "La infancia: entre la orfandad y la protección familiar en México, 1910-1920" en P. Dávila y L. M. Anaya (coords.), *La infancia en la historia: espacios y representaciones*, Espacio Universitario/EREIN, Donostia-San Sebastián, 2005, t. I; "Del desamparo a la protección. Ideas, instituciones y prácticas de la asistencia social en la ciudad de México, 1861-1910", *Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, nueva época, vol. 11, núm. 32, septiembre-diciembre de 2004.

### Resumen

El objetivo de este texto es reconstruir las experiencias de vida que se presentan ante la muerte y la pérdida de la madre de quienes padecieron en su infancia la condición de huérfanos. Mediante testimonio oral se rescatan la memoria y las vivencias que conlleva tal condición y se identifican algunos de los mecanismos culturales y sociales que se operan en los procesos de duelo y del sentimiento infantil de desamparo, es decir, cómo se recuerda y cómo se vive la orfandad, así como las estrategias familiares que se despliegan para atender y proteger a los infantes de las carencias afectivas y materiales que supone tal circunstancia.

Asimismo, a partir de dicho testimonio se pretende reconstruir el contexto social y cultural en el que se desarrollaron los infantes y las preocupaciones institucionales que los rodeaban, entre ellas la escuela y la familia. Conviene destacar que en la época de estudio, entre las décadas de los años treinta y cuarenta, uno de los problemas sociales, en particular de salud pública, fue diseñar una política que aminorara las tasas de mortalidad y morbilidad entre la población mexicana que originaban situaciones de orfandad entre un sector de niños y niñas y, por añadidura, de reajuste afectivo entre ellos.

### Palabras clave:

Historia oral, memoria, infancia, orfandad, familia, apego, sentimientos, muerte, duelo infantil.

Fecha de recepción:  
septiembre de 2005

Fecha de aceptación:  
abril de 2006

# Memory and Experiences of Death and Orphanhood

*Antonio Padilla Arroyo*

Professor-researcher at the Universidad Autónoma del Estado de Morelos. BA in Sociology from UNAM; Ph. D. in History from El Colegio de México. Member of the National System of Researchers. Research areas: Social history and history of education, 19<sup>th</sup> and 20<sup>th</sup> centuries. Author of articles and books on social history in Mexico. Recent publications include: *Tiempos de revuelo: juventud y vida escolar. (El Instituto Científico y Literario del Estado de México, 1910-1920)*, UAEM/Miguel Ángel Porrúa, México, 2004; "La infancia: entre la orfandad y la protección familiar en México, 1910-1920", in P. Dávila and L. M. Anaya (coords.), *La infancia en la historia: espacios y representaciones*, Espacio Universitario/EREIN, Donostia-San Sebastián, 2005, t. 1; "Del desamparo a la protección. Ideas, instituciones y prácticas de la asistencia social en la ciudad de México, 1861-1910", *Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, vol. 11, No. 32, September-December, 2004, México.

## Abstract

The objective of this text is to reconstruct the life experiences that occurred following the death and loss of the mother, which is why the children spent their lives as orphans. An oral testimony is used to recover the memory and experiences that led to this condition and the author identifies some of the cultural and social mechanisms that operate in the processes of grief and the childish feeling of vulnerability, in other words, how orphanhood is recalled and experienced, as well as the family strategies used to look after and protect infants from the affective and material shortages implied by these circum-

stances. Testimonies are used to reconstruct the social and cultural context in which the children developed and the institutional concerns that surrounded them, such as school and family. It is worth pointing out that during the period of study, between the 1930s and 1940s, one of the social problems, particularly of public health, was to design a public health policy to reduce the mortality and morbidity rates among the Mexican population, which gave rise to situations of orphan hood among a sector of boys and girls, and therefore of the affective adjustment between them.

## Key words:

Oral history, memory, childhood, orphanhood, family, attachment, feelings, death, child mourning.

Final submission:      Acceptance:  
September 2005      April 2006

# Memoria y vivencias de la muerte y la orfandad

Antonio Padilla Arroyo

## A MANERA DE INTRODUCCIÓN

La historia oral ha privilegiado dos modalidades en la construcción del conocimiento histórico que se fundamenta en la elaboración y el empleo de las fuentes orales: el tipo temático y de rango amplio, el cual se utiliza para los estudios de comunidad, de barrio, de un sector urbano o de una región para el análisis de fenómenos heterogéneos y de distintos niveles socioculturales, y el tipo de rango focalizado que permite realizar estudios intensivos, los cuales tienen un perfil biográfico o autobiográfico en tanto enfatizan la historia de vida. Estos últimos se centran en el examen de estudios de familia, trayectorias ocupacionales o de personajes particulares.<sup>1</sup>

En este artículo, los testimonios orales que se utilizan tienen un matiz biográfico, cuyo propósito es explorar y realizar acercamientos que enriquezcan nuestra mirada en torno a temas de investigación sobre los cuales la historia oral poco ha incursionado. Estos testimonios son producto de dos entrevistas formales realizadas durante 2005, las cuales se orientaban a reconstruir la memoria y las experiencias infantiles en el marco de una investi-

gación acerca de la protección familiar y las instituciones de ayuda social entre 1920 y 1940. Al profundizar en esos aspectos, se reveló un suceso definitorio a lo largo de su vida, según lo consideró la propia narradora, que se convirtió en un punto de inflexión en su itinerario vital, la muerte de la madre y los sentimientos de orfandad que en ella provocó y que, en forma reiterativa, se presentó en los relatos. Con posterioridad a las entrevistas, he mantenido pláticas frecuentes con la informante que no han sido grabadas debido a las circunstancias en que se han realizado, la casualidad y la espontaneidad de las mismas. En ellas, el acontecimiento del deceso de la madre se reproduce con los detalles que quedaron grabados en las cintas. De este modo, se tiene la certeza de haber reunido suficientes evidencias subjetivas para asegurar la validez de la fuente oral, así como de haber completado el proceso de "saturación" de la información.<sup>2</sup> Así, el valor testimonial es evidente, al revelarse valores, creencias, ideas, conductas y comportamientos que pueden ser indicativos de un grupo social particular o, tal vez, de una sociedad.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Véase *ibid.*, pp. 40-44.

<sup>3</sup> Sitúo el texto en el marco de la idea de Carmen Collado acerca de la importancia de la historia oral

<sup>1</sup> Aceves, "Problemas", 1999, p. 38.

Desde este punto de vista, se pretende una aproximación a uno de los mayores problemas del quehacer historiográfico en general y de la historia oral en particular: los alcances de los testimonios orales en relación con la particularidad y la individualidad de la información que proporcionan. La comprensión y la interpretación históricas demandan tender puentes entre sucesos específicos y procesos generales, entre circunstancias individuales y condiciones sociales y esto es posible de lograr mediante la historia oral en la medida en que ésta se interesa fundamentalmente por las percepciones culturales. Los testimonios orales brindan al historiador una interpretación de primera mano de lo que fue el pasado por medio de la reconstrucción de la memoria colectiva e individual.<sup>4</sup> La visión del narrador, convertido en intérprete, se propicia a partir de la reflexión de sus experiencias, haciéndolas emerger para que las personas puedan definir y con ello significar su mundo. Para el historiador, la información que suministran es primordial al permitirle ordenar y comprender la interacción de los actores en su vida cotidiana que, de otro modo, se mantendrían ocultas en el recuerdo y en el olvido. Así, la experiencia del sujeto permite re-

---

en el rescate de "ciertas áreas de la experiencia humana sólo accesibles por medio de la fuente oral, simplemente porque debido a su naturaleza no quedan registradas en las fuentes escritas. En cuanto a su utilización en la historia familiar, la historia oral permite obtener informaciones detalladas sobre las características de la vivienda y el uso de los espacios, la estructura familiar, la manera como se forman los matrimonios, la transmisión de los valores grupales a la progenie, las creencias y la mentalidad de determinados actores en cierta dimensión temporal". Collado, "Historia", 1999, pp. 20-21.

<sup>4</sup> Necochea, "Prólogo", 2004, pp. 8-9.

crear espacios, conflictos y tensiones, cambios y alteraciones del mundo social.<sup>5</sup>

## LA INFANCIA Y LOS HISTORIADORES

De los rasgos culturales primordiales de las sociedades modernas, de acuerdo con Philippe Ariès, pueden señalarse la "invención" de la infancia y un nuevo tipo de familia. La historiografía de la infancia ha puesto el acento, en gran medida, en la nueva sensibilidad de los adultos y en los cambios que acompañaron las prácticas de éstos hacia los niños y las niñas. La historiografía se ha centrado en examinar las transformaciones que se suscitaron en los modos de relacionarse de los adultos con los menores, tales como suavizar el trato y el cuidado, así como fortalecer los lazos afectivos y sentimentales con ellos desde su nacimiento hasta su muerte.<sup>6</sup> Sin embargo, no ha ocurrido lo mismo, o no con la misma profundidad, con el estudio de las actitudes, los valores, las ideas y los comportamientos de los infantes hacia los adultos.<sup>7</sup>

De esta manera, se ha dado cuenta de la inédita sensibilidad individual y social

<sup>5</sup> Pensado, "Introducción", 2004, pp. 13-15.

<sup>6</sup> Para el estudio de la evolución de las relaciones del mundo de los adultos con el mundo infantil, véase el excelente y detallado trabajo de Mause, "Evolución", 1994, pp. 15-92.

<sup>7</sup> Una presentación más amplia de la producción historiográfica puede consultarse en Padilla, "Infancia", 1998, pp. 127-144. Según Lawrence Stone, durante el siglo XVIII y parte del XIX, así como en el siglo XX hay una inversión de las relaciones entre padres e hijos, las cuales tienden a reforzar los lazos afectivos entre ambos ya que la difusión de los adelantos médicos y de una cultura de la higiene, en particular de la higiene escolar e infantil, permiten garantizar relacio-

con respecto a la infancia, así como de las renovadas formas de composición de las relaciones familiares. En consecuencia, se ha examinado la redefinición de los ámbitos de participación y de formación de una nueva arquitectura sentimental que se reveló en nuevas prácticas sociales entre hijo e hija, hermano y hermana, padre y madre, así como entre éstos. Una de las conclusiones de estos estudios da cuenta de la configuración de representaciones y del desarrollo de prácticas que tenían, entre otros objetivos, proteger a la infancia de los abusos de que era objeto y difundir nuevas formas de crianza entre los adultos. Al mismo tiempo reconocieron la importancia que adquirió el entramado de las relaciones en la familia moderna y el reforzamiento de éstas, eje de esa nueva sensibilidad hacia la infancia. De este modo, la familia se convirtió en el espacio donde se inculcó esa sensibilidad y se ejercitaron nuevas conductas, actitudes y acciones.<sup>8</sup>

nes más estables porque se asegura una mayor esperanza de vida tanto de los adultos como de los menores. Esto representó un reforzamiento de las representaciones y las prácticas de la importancia de la familia, en particular de los padres, en el cuidado y vigilancia de los hijos e hijas para su formación física, emocional y social, estrechando los vínculos entre unos y otros.

<sup>8</sup> Aquí nos referimos a lo que Jacques Lacan define como la "familia conyugal", es decir, al grupo compuesto por los padres y los hijos, el cual tiene el papel formador en las primeras identificaciones del niño de las personas, los valores, los sentimientos, las emociones y las prácticas sociales que orientan su contacto con el mundo exterior, la cual comparte múltiples rasgos que ofrece Ariès en su trabajo histórico. De acuerdo con Lacan, la familia desempeña un papel primordial en la transmisión de la cultura durante la educación inicial, la represión de los instintos y la adquisición de la lengua. Por medio de la socialización, la familia inculca "estructuras de conducta y de representación que desbordan los límites de la conciencia". Por

Conviene precisar que la familia no fue la única productora y difusora de una y otras, pues también desempeñaron un papel estratégico otras instituciones como la Iglesia, el Estado y la escuela. Para este proceso fue necesario delimitar las edades cronológicas y sociales de la infancia, dividiéndola, a su vez, en distintas etapas y funciones sociales, las cuales se manifestaron en los juegos y los juguetes, la asistencia a la escuela, las edades del amor o de los deportes, etcétera.<sup>9</sup>

Aquí nos interesa ensayar una aproximación a ese mundo infantil que, rodeado de la red afectiva que brindan los lazos entre éste y el mundo adulto, entre el menor y el padre o la madre, proyecta una estructura psicológica y sociocultural que garantiza la estabilidad emocional y la protección familiar y que, en ocasiones, se ve interrumpida por la muerte de uno u otro, o de ambos, que deja en la inestabilidad emocional y en estado de orfandad al niño o la niña. Para ello se reconstruye la memoria en su doble dimensión, es decir, como olvido y como recuerdo; por medio de ésta es posible indagar las ideas, los valores, las vivencias y las prácticas que se suceden alrededor de acontecimientos como la muerte. En esta medida, se justifica la pertinencia de un testimonio oral porque, si bien se reconstruye la experiencia singular de un sujeto, en tanto se trata de una relación irrepetible, atrás de ella se devela la memoria colectiva.<sup>10</sup>

ello, la familia es un espacio para la formación física, social y psíquica de los infantes, esto es, para la constitución sentimental del sujeto. Lacan citado por Aníbal Leserre en Leserre, *Niño*, 1994, pp. 63, 69 y 72.

<sup>9</sup> Ariès, *Niño*, 1998, pp. 33-45; 482-526.

<sup>10</sup> Sin pretender resolver el tema de la validez del testimonio oral como fuente de interpretación y explicación histórica porque esto presume profundizar en

Para Carlos Castilla del Pino los sentimientos permiten a cada sujeto ordenar los objetos que componen su realidad, así como la relación que establece con ellos, la cual está en función tanto del sentimiento que les profesa cuanto de los sentimientos que cree le profesan a él. Las relaciones y las interacciones que derivan de éstas conforman la que podemos caracterizar como la estructura afectiva, sentimental y sensible de los sujetos. Esto lleva a indagar en lo que Castilla define como una economía de los sentimientos, en las causas y los motivos que los producen, en

---

un debate que rebasa el objetivo del texto, es preciso apuntar las observaciones de Roger Chartier en torno a las dudas que suscita el uso del testimonio oral, “el regreso del recuerdo y la búsqueda de la memoria”, como fuente para reconstruir el pasado y las dificultades para alcanzar el estatuto de discurso histórico. Esto plantea el problema de elevar la categoría de testimonio al del documento, lo cual conlleva un problema de orden epistemológico, es decir, a la naturaleza de uno y otro, de la información y de su tratamiento histórico: el testimonio es inseparable del testigo y supone que la palabra pueda ser recibida, mientras que el documento supone el acceso a nuevos conocimientos que no son recuerdos de nadie. Entre uno y otro se establece la credibilidad de la palabra que “atestigua el hecho” y la sumisión a un procedimiento que distingue lo verdadero de lo falso, de lo refutable y verificable, de la huella archivada. Para Chartier, esto supone la diferencia entre la inmediatez del recuerdo y la construcción de la explicación histórica, entre el reconocimiento y la representación del pasado, entre la fidelidad de la memoria y la intención de verdad de la historia, la cual es posible construir mediante el tratamiento de los documentos y los modelos de inteligibilidad que construyen una interpretación. Así, las diferencias entre testimonio y documento, memoria e historia, estarían fundadas en las operaciones del conocimiento y las operaciones del recuerdo, los reconocimientos, recibidos en la intuición de su inmediatez. Chartier, *Presente*, 2005, pp. 72-76.

el lugar y en la jerarquía que ocupan y en las funciones que cumplen. De esta manera, los sentimientos se constituyen en herramientas mentales y afectivas que permiten a los sujetos relacionarse con el mundo exterior y consigo mismos y que se expresan, entre otras cosas, en pensamientos, fantasías, deseos, impulsos, emociones. Para el sujeto, los sentimientos se convierten y guían su actuación y pueden “leerlos”, es decir, describirlos, delimitarlos y juzgarlos.<sup>11</sup>

De unos y otros dependen, en gran medida, las representaciones y las prácticas individuales y sociales que orientan el actuar cotidiano de los sujetos, aun en acontecimientos que pueden considerarse extraordinarios, como la muerte. Así, cuando se presenta un suceso que tiene especial significado para los individuos, se producen cambios en los estados de ánimo, tales como la alegría, el miedo, la tristeza o la ira. Los sentimientos pueden comunicarse mediante expresiones en el rostro, movimientos, expresiones verbales y alteraciones fisiológicas.<sup>12</sup> Unos y otros revelan los lazos que establece el individuo con los objetos

<sup>11</sup> De acuerdo con Castilla, los sentimientos pueden definirse como un conjunto o repertorio de estados de que dispone un sujeto situado en diversas relaciones con personas, animales, cosas, situaciones. Los sentimientos son “objetos mentales” del que los experimenta y, desde el punto de vista semiótico, son connotaciones que al sujeto le provoca el objeto. Por ejemplo, el asco o la antipatía que le provoca a un sujeto otro sujeto, una cosa o una situación. Así, el sentimiento es un estado del sujeto derivado de la impresión afectiva que le causa una persona, animal, cosa, recuerdo o situación y es experimentado únicamente por el sujeto como un suceso que le ocurre a él mismo en el plano anímico. Castilla, *Teoría*, 2000, pp. 13-14 y 346.

<sup>12</sup> Delval, *Desarrollo*, 1998, p. 184.

y con los seres en los que deposita sus sentimientos, el vínculo afectivo y la organización de los valores. Estos lazos se construyen y reproducen por medio de contactos repetidos entre los sujetos que conforman la familia y constituyen el conjunto de las relaciones familiares, de entre las cuales surge una relación especial entre dos de sus integrantes: el niño y la persona que lo cuida y lo provee de los medios para atender las necesidades biológicas y afectivas que requiere su condición y que puede caracterizarse como la figura materna. Por lo regular, tal figura la constituye la madre natural, aunque puede desempeñarlo una persona que ejerza tales funciones. Esta relación es fundamental para el desarrollo posterior del niño, y se constituye y se consolida en los primeros años de su vida no sólo porque será el modelo de todas sus relaciones afectivas posteriores sino porque posibilita que el niño se mantenga próximo a un adulto capaz de preservarlo de los peligros materiales y mentales y, con ello, contribuir a su supervivencia.<sup>13</sup>

La forma específica en que los sujetos los asumen y los lazos afectivos y de apego que establecen con los objetos, situándose en un campo de percepciones que permiten seleccionar los afectos y los valores específicos, representa una ordenación personal del mundo. Aquí interesa examinar la importancia del reordenamiento afectivo que rodea al sujeto a partir de un acontecimiento “extraordinario”, esto es, cómo se percibe y se racionaliza la muerte de la madre, así como las experiencias personales para reconfigurar los lazos afectivos y sociales con el resto de los integrantes de la familia. De este modo, se trata de

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 187-188, 190.

comprender cómo un individuo interpreta, en función de su propia cultura, las ideas y las creencias acerca de este suceso y las consecuencias que derivan del mismo, “el duelo infantil” y la condición de orfandad con base en la memoria individual.<sup>14</sup>

Sin duda, uno de los ámbitos más significativos en la economía de los sentimientos es la inculcación y el aprendizaje de los lazos y las relaciones afectivas entre padres e hijos, cimiento de la familia moderna. La estructura sentimental, esto es, los sentimientos que se inculcan y los modos en que se organizan, posibilitan cierto equilibrio mental, social y cultural entre los sujetos considerados tanto individual como socialmente. Esta estructura, como es obvio, es un proceso continuo en el que esos lazos se construyen desde, por lo menos, el nacimiento y que se cultivan a lo

<sup>14</sup> Otro tema de reflexión en torno a la validez del testimonio oral como documento es el tránsito de la memoria individual, que se asocia a la interioridad, a la conciencia y al conocimiento íntimo, a la memoria colectiva, que se identifica con las representaciones compartidas. Chartier, *Presente*, 2005, p. 71. Para Maurice Halbwachs, la memoria individual se elabora con base en recuerdos que se adquieren, evocan, reconocen y se localizan en la sociedad, en el momento en que parientes, amigos y otras personas los evocan. Las operaciones mentales que emplea la memoria para responder las preguntas de otras personas o que podrían plantearnos implican la necesidad de colocarnos en su lugar, haciéndonos evidente que somos parte del mismo grupo o de grupos semejantes. Por eso la memoria individual es simultáneamente memoria colectiva. “Es en este sentido que existiría una memoria colectiva y los marcos sociales de la memoria, y es en la medida en que nuestro pensamiento individual se reubica en estos marcos y participa en esta memoria que sería capaz de recordar”. Halbwachs, *Marcos*, 2004, pp. 8-9.

largo de la infancia.<sup>15</sup> De ahí la importancia de estos vínculos. Los padres, especialmente la madre, se constituyen en un factor primordial de la elaboración sentimental que el infante adquiere a lo largo de su formación como individuo. Por lo tanto, los vínculos, las relaciones, los valores, los pensamientos, los modos de comportamiento que éste tiene frente al mundo exterior y consigo mismo dependen en gran medida de la forma en que los padres se relacionan con él.

### LOS LAZOS AFECTIVOS

La relación entre la madre y el infante es el eje sobre el cual se estructura el resto de la economía de los sentimientos, es decir, las relaciones y las interacciones entre los demás integrantes de la familia. Esto constituye un proceso que refuerza la experiencia cognitiva emocional que la persona provoca, en este caso la madre, y los efectos que ésta tiene en el sujeto. En el caso de la entrevistada, doña Celia, quien nació el 1 de mayo de 1928 en la ciudad de México, los primeros recuerdos que evoca de su madre son aproximadamente de entre los cinco y los seis años. (Véase

<sup>15</sup> La estructura de la familia moderna modela “la herencia psicológica” tanto de sí misma como de la sociedad, es decir, inculca la organización de los lazos afectivos, las funciones de cada uno de sus miembros, la posición y el lugar que ocupan en ella, particularmente la de la madre, la cual se encarga de la alimentación, el cuidado y la protección en la primera infancia, entre el nacimiento y, por lo menos, los tres primeros años de vida, lo que explica el cuidado particularizado que ésta brinda, y la del padre, quien se encarga de imponer las normas disciplinarias para el desarrollo posterior de la socialización del niño. Leseurre, *Niño*, 1994, pp. 75-76.

imagen 1.) Los que más presentes tiene de los lazos afectivos entre ella y su madre están el apoyo que le brindaba en los quehaceres del hogar, porque si bien tenía una hermana mayor, ésta “fue siempre enfermiza desde pequeña”, estado que la mantenía por lo regular postrada, y un hermano dos años más grande que ella que, “como varón pues, le gustaba andar jugando en la calle, y no se acercaba mucho porque no le gustaba ayudar en el hogar”. El recuerdo que orienta la narración de doña Celia es el sentido de responsabilidad que le fue inculcado por su madre desde pequeña, el cual se expresaba en el apoyo permanente a diversas actividades domésticas, desde el cuidado de las hermanas, bien para atender a la mayor en sus requerimientos de salud o bien para procurar a la menor en el cuidado directo para evitarle los peligros que su edad implicaba, hasta atender una pequeña tienda de abarrotes mientras la madre se ocupaba de cocinar. Esta etapa de su infancia la rememora de la manera siguiente:

pues le ayudaba yo en lo que podía; a veces en cuidar a mis hermanitas, las chicas, pero este [...] mi vida fue muy ocupada desde que me acuerdo, muy ocupada en el trabajo de ayudar a mi madre y... la escuela. Salía yo a jugar en las tardes, eh, a la calle con mi hermano, mayor que yo, y mi hermanita, la chiquita, [...] pues la cuidaba yo bastante, porque a veces la cargaba yo un ratito; terminaba yo de hacer mi quehacer y mi tarea, me salía yo a jugar. Y para mí fue una vida feliz, porque pues estaba mi madre cuidándonos todo el tiempo.<sup>16</sup> (Véase imagen 2.)

<sup>16</sup> Entrevista a Celia Arroyo Vera realizada por Antonio Padilla el 26 de abril de 2005, en su domicilio particular en la ciudad de México.



Imagen 1. Retrato infantil. Doña Celia Arroyo Vera a la edad de un año. Su vivienda, ubicada en la calle de Andrade s/n, colonia Doctores, ciudad de México, 1929. Álbum fotográfico familiar de Celia Arroyo Vera.



Imagen 2. Retrato de familia. Arriba, de izquierda a derecha: doña Consuelo Ballesteros Arroyo (tía Consuelo), doña Ana María Juárez Arroyo (tía Anita), doña Aurora Vera Castorena (mamá Aurora, madre de doña Celia), quien sostiene en sus brazos a la niña Martha Arroyo Vera (hermana menor de doña Celia), doña Esperanza (tía Esperanza), quien carga en brazos a la niña Elena Juárez. Abajo, en el mismo orden: niña Celia Arroyo Vera, niña Cristina Juárez (prima de ésta), Concepción Arroyo Vera y niño Roberto Arroyo Vera (hermanos de Celia Arroyo), en Chapultepec de Morelos, Cuernavaca, Morelos, México, ca. 1934. Álbum fotográfico familiar de Celia Arroyo Vera.

En el esfuerzo por reconstruir la memoria de esta edad, doña Celia encadena los recuerdos a partir de una circularidad del relato que le permite transitar del sentir al pensar en la figura materna, es decir, en la medida en que se esfuerza por recordar repite una frase inconclusa hasta que logra establecer el nexo con la siguiente, lo que revela las operaciones mentales que le permiten ordenar los acontecimientos. Por eso, en distintos momentos de la entrevista se desplaza de la sucesión de hechos, el ordenamiento cronológico, a la comprensión de los mismos, como se desprende

del siguiente pasaje, donde la madre aparece como la presencia esencial en esta fase:

sí, ésa fue mi vida porque ya mi mamá, cuando yo llegaba [de la escuela] “ándale, este, arregla cocina, lava trastes, trapéame la cocina y me prendes el carbón”; usaba puro carbón, y ya prendía yo la lumbre del carbón y le decía a mí mamá “ya está la lumbre” y se metía ella a guisar y ya mientras [yo] cuidaba la tienda.<sup>17</sup>

<sup>17</sup> Celia Arroyo, 26 de abril de 2005, entrevista citada.

Naturalmente, el cultivo de las relaciones de doña Celia con su madre no fue el único, pero fue muy significativo porque le permitió establecer lazos de apego tanto con los distintos miembros de la familia como con el mundo exterior. A partir de ellas, la familia se convierte en la institución más importante por su estabilidad y permanencia, lo que garantizó su socialización y su cuidado en el largo proceso de la infancia. La figura y la presencia del padre tienen un papel decisivo en los nexos de sociabilidad de los menores y aparecen con nitidez entre los cinco y los seis años, desempeñando un papel en la interiorización de las normas de la sociedad. El afecto y el estímulo que brindó el padre de doña Celia fueron primordiales para su compensación emocional y sentimental porque los afectos de su madre se depositaron y se desplazaron hacia el resto de sus hermanos. Doña Celia reconoce las diferencias en los vínculos que la unían a su madre y a su padre porque mientras la confianza se depositaba en mayor medida en su madre, las expresiones de mayor apego eran con su padre. La relación del padre y la madre con la hija es particular, porque si bien este último pasaba mucho menos tiempo con ella, la calidad y el tipo de la interacción fue más cercana afectivamente. En este sentido, los lazos sentimentales con su padre se elaboraron más lentamente, y en la medida en que la hija fue convirtiéndose en un ser independiente el vínculo fue haciéndose más estrecho y profundo. Así, desde su posición de niña, el apego con el padre fue casi tan intenso como el que mantenía con su madre, aunque eran notorias las distinciones en la forma de establecer los lazos de apego:<sup>18</sup>

<sup>18</sup> Delval, *Desarrollo*, 1998, pp. 216-219.

Ah, pues teníamos más confianza con mi mamá, pero de amor, yo sentí mucho amor por mi padre, desde chiquita, porque yo veía que mi mamá prefería más a mi hermana, la enferma, y a mi hermano, por ser varón, y a mi hermana la chiquita, y yo era, ahora sí, la que quedaba ahí bailando, pero yo a mi padre lo barbeaba mucho; inclusive luego estaba yo durmiendo, ya en la noche, que él venía de trabajar traía avellanas y ponían un comalito en un calentador, y estaba tostando avellanas y él iba y me sacaba de la cama y estaba comiendo avellanas y platicando con mi mamá y me tenía en sus piernas; entonces todo eso me hizo acercarme a él, porque sentía yo su amor; desde chiquita sentí mucho amor de mi papá para mí, y yo sentí mucho amor toda la vida por mi padre.<sup>19</sup> (Véase imagen 3.)

En varios pasajes, el mundo familiar se despliega mediante los vínculos, las normas sociales, los valores, los sentimientos, las ideas y las prácticas en torno a la vida y la convivencia familiar, y dibuja algunos trazos de su proyección al mundo social:

Mi hermano ponía un columpio en un árbol, y ahí estábamos haciéndonos columpio, o jugábamos al trompo; a mi hermano le gustaba jugar al trompo, a las canicas, al balero y todo eso; yo aprendía porque él eso jugaba, y como éramos más o menos de la edad, pues yo seguía sus juegos de él, [...] otras veces mi hermano decía: "¡vamos a jugar al teatro!" y él se disfrazaba de Cantinflas y mi hermana Conchita y yo éramos las hermanitas Águila, cantábamos y él ponía sábanas con mecates para las cortinas y cobrábamos a veces un centavo.<sup>20</sup>

<sup>19</sup> Celia Arroyo, 26 de abril de 2005, entrevista citada.

<sup>20</sup> *Ibid.*

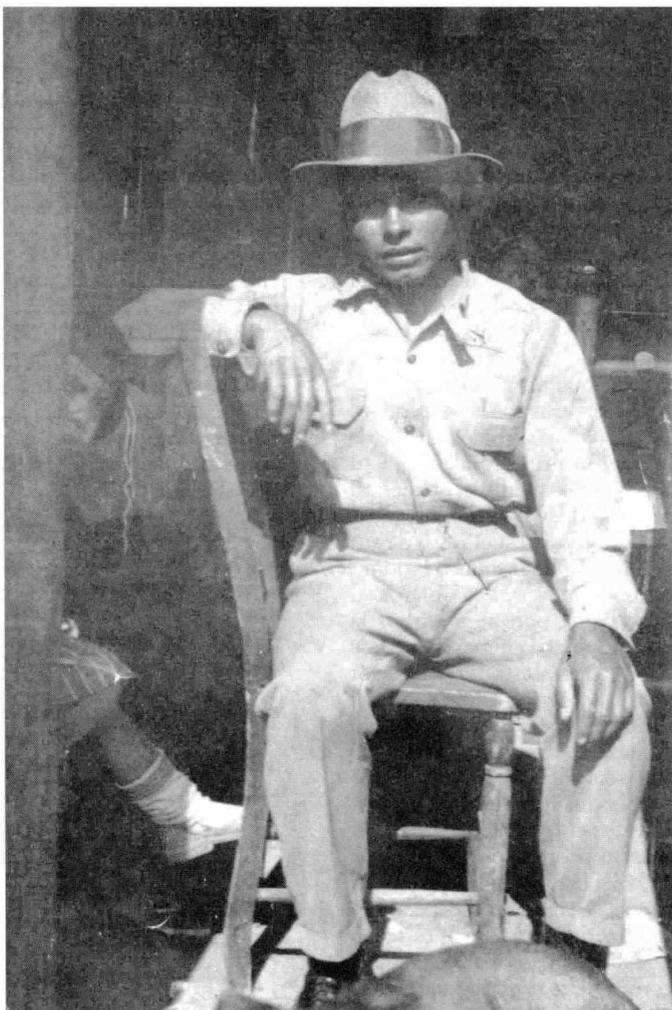


Imagen 3. Retrato de Pablo Arroyo Juárez, en su vivienda de la calle Andrade de la colonia Doctores, ciudad de México, ca. 1934. En el costado derecho se asoma la cara y el pie de la niña Celia Arroyo Vera. Álbum fotográfico familiar de Celia Arroyo Vera.

Los juegos infantiles, que compartió con su hermano y sus hermanas, en particular con el primero, así como con sus vecinos, la asistencia a la escuela, donde cultivó relaciones con compañeras y compañeros de su edad, integraron una red social primordial que desempeñó un papel importante en la socialización de doña Celia, adoptando distintas funciones de acuerdo con su edad y género:

Sí jugábamos a la mamá, a hacer pasteles, a mí me encantaba hacer pasteles de plátanos y les ponía cacahuatitos de adorno; tenía yo una vajillita que me habían traído los Santos Reyes y llenaba yo los platitos de los pasteles, y con las muñecas, jugábamos con las otras niñas que traían sus muñecas. De la vecindad, de ahí donde vivíamos, eran mis amigas, eran casi de mi edad y pues siempre jugábamos con ellas y pues siempre jugábamos con ellas y un ratito jugábamos a las muñecas.<sup>21</sup>

Las figuras de otras personas adultas se constituyen en presencias particularmente significativas en las representaciones infantiles, en especial las de maestros y maestras, las cuales fueron reforzadas por la madre al inculcarle el respeto por unos y otras, configuran una red de lazos afectivos decisivos en el transcurso de la infancia y la ponen en condiciones de construir un modelo del mundo y de ella misma a partir del cual actuaba.

quise mucho a mis maestros; para mí fueron mis segundos padres, porque yo los respetaba y los quería; mi mamá nos decía que fueran muy educados con los maestros, porque ellos nos enseñaban bastantes cosas [...]

<sup>21</sup> *Ibid.*

al maestro de dibujo, un día dice: “miren, vean a esta niña qué bonito dibuja”, y a mí me encantaba el dibujo y le ponía yo sus colores, y levantó mi cuaderno de manila y dice: “vean esta niña qué bonito dibujo”, y todos los chamacos, “eh, se lo hicieron sus hermanos, ella no lo hizo”. Y me daba coraje, porque yo era la que me ponía a hacer mis cosas [...] Sí, era la misma clase, pero, este, los niños eran más listos, de por sí, les gustaba entre ellos, se llevaban, no había groserías ni nada, porque yo nunca los oí decir groserías, pero sí eran más llevaditos entre ellos, y las mujeres, pues no teníamos otro lugar.<sup>22</sup>

Sin duda, la presencia de la figura materna ocupó un lugar primordial en la estructura sentimental, porque no sólo la proveía del cuidado y la protección que demanda su condición de infante, sino porque favorecía el sentimiento de seguridad y confianza que le posibilita concebir a la madre como un ser independiente, entender sus motivaciones, sus deseos y sus sentimientos, en pocas palabras, sus estados de ánimo y, por lo tanto, entender la importancia de disciplinarla y educarla. De esta manera evoca la imagen de su madre:

Pues era una mujer alta, robusta y muy hermosa. Tenía el cabello rojizo, natural, y cabello, este, era ondulado, y para mí fue una mujer muy hermosa y muy trabajadora, porque, aparte de atender la tienda, se compró su máquina en abonos y ahí hacía vestidos a como Dios le dio a entender, porque ella no estudió corte y los ponía [...] y los colgaba e iba la gente y le gustaba y se los vendía, inclusive hasta en abonos les daba la [...] los

<sup>22</sup> *Ibid.*

alimentos; tenía una libreta y apuntaba los nombres y lo que le compraban, y cada ocho días iban y le pagaban la cuenta, y le volvían a pedir y volvía a poner la fecha, e iba apuntando todo lo que le llevaban; así fue el negocio de ella, prestaba, y pues sí le pagaban, porque volvía a prestar, le pagaban eso, lo anterior, y les volvía a prestar de la semana esa.<sup>23</sup>

Al parecer, los lazos afectivos con la figura materna le posibilitaron a doña Celia satisfacer el sentido de la exploración, la curiosidad, la solución de problemas, el juego y las relaciones con los otros compañeros, es decir, abrirse más al mundo. A la edad de diez años, éstas se develan con gran claridad.<sup>24</sup>

[En la escuela] pues jugábamos a los encantados, a la roña, a todo eso. En ese tiempo nos gustaba o nos sentábamos a platicar, a veces. Nos comíamos nuestra torta y estábamos platicando; había una chinita, era china, de padres chinos y pues se juntaba conmigo, y luego, de las de ahí, de alrededor [...] pues iban varias de mi colonia, de la Doctores, y de la Roma pues eran más, porque pues ahí les quedaba la escuela.<sup>25</sup> (Véase imagen 4.)

<sup>23</sup> *Ibid.*

<sup>24</sup> Delval, *Desarrollo*, 1998, p. 208.

<sup>25</sup> Celia Arroyo, 26 de abril de 2005, entrevista citada. A mediados de los años veinte del siglo XX, la colonia de los Doctores se ubicaba en el cuartel VI, el cual ocupaba el sexto lugar en extensión territorial y el cuarto en población. Éste, en términos higiénicos, era dividido por los médicos inspectores en dos partes. La zona interna abarcaba las calles céntricas del cuartel, de las cuales las más cercanas al centro de la ciudad estaban asfaltadas y tenían banquetas, con excepción de algunas que sólo tenían pisos de tierra. Marcial, "Higiene", 2004, p. 337.

También el sentido de seguridad y confianza se expresaba en los desplazamientos geográficos y los espacios sociales que la niña realizaba para atender las solicitudes de su madre, bajo el cuidado y la vigilancia de ésta. A pregunta expresa de cuáles eran los lugares a donde iba para adquirir los alimentos que solicitaba su madre, rememoró:

Pues, como a una cuadra de donde vivía, o dos cuadras, y como no había nada de tráfico, pues iba yo contenta ahí, no me tardaba yo porque estaba cerquita, inclusive me decía mi mamá: "no te tardes porque tienes que venir a ayudar" [para ir a la escuela]. Nos íbamos caminando y hacíamos media hora en llegar, porque sí estaba un poco retirado, [...] teníamos que dar vueltecita por Avenida Central se llamaba ahí, una de las calles que es un costado del Centro Médico.<sup>26</sup>

#### "ALLÍ FUE DONDE MURIÓ MI MAMÁ"

En los recuerdos de doña Celia es evidente el papel estratégico que desempeñaba la madre, y por ello la muerte de ella generó una experiencia cognitiva y emocional que trastoca profundamente la estabilidad mental y aun física del sujeto que la padece.<sup>27</sup>

<sup>26</sup> Celia Arroyo, 26 de abril de 2005, entrevista citada.

<sup>27</sup> Castilla, *Teoría*, 2000, p. 20. Según John Bowlby, estas experiencias pueden definirse como "duelo infantil", que tiene diversas fases: inicialmente el niño o la niña solicita, llorando o furioso, que vuelva la madre y espera tener éxito en su solicitud. A esta fase se le denomina de protesta; la segunda fase se caracteriza por un estado de ánimo de tranquilidad, pero manifiesta preocupación por la ausencia materna y sigue anhelando que vuelva. Su esperanza y expectativa por el retorno se han debilitado y se halla en la



Imagen 4. Retrato escolar del 4º grado, en la escuela primaria Benito Juárez, ubicada en la calle de Jalapa de la colonia Roma, ciudad de México, ca. 1938. Doña Celia es la cuarta niña en la segunda fila de izquierda a derecha. Álbum fotográfico familiar de Celia Arroyo Vera.

Esta circunstancia es claramente identificable en el caso de la protagonista, doña Celia, quien evoca la muerte de su madre de la siguiente manera:

etapa de la desesperación. Con frecuencia se alternan ambas fases: la esperanza se torna desesperación y ésta en renovada esperanza. Finalmente, la tercera fase, en la cual se produce un estado de ánimo importante. El niño o la niña parece olvidar a su madre. Esta fase se caracteriza por el desapego emocional que manifiesta por la persona amada. Ahora bien, en cada una de estas etapas, el menor presenta comportamientos destructivos que, con frecuencia, son de una violencia inquietante. Para Bowlby, en las primeras etapas se genera un estado de desorganización y entre la segunda y tercera el comportamiento se reorganiza sobre la base representada por la ausencia permanente de la persona. Bowlby, *Vínculos*, 2003, pp. 69-71.

un día que fui a la escuela, cuando regresé ya todos los muebles los habían arrinconado; teníamos muebles pobrecitos, los arrinconaron a la pared y dice mi tía: “Ya se murió tu mamá”. ¡Hijo!, yo sentí que todo se me caía encima, y decía yo: “¿por qué se murió?” pues: “¡Ya se murió!” Eran muy secos: “Ya se murió, al ratito traen su cuerpo”. Y ya lo pusieron ahí, en la piecinita más grande, en una recámara pusieron su ataúd.<sup>28</sup>

Doña Celia tenía once años de edad en 1940, fecha en que ocurrió el acontecimiento que es fuente de sus recuerdos. En el fragmento de la memoria antes citado,

<sup>28</sup> Celia Arroyo, 26 de abril de 2005, entrevista citada.

doña Celia recurrió a una metáfora para comprender, “leer”, delimitar, juzgar y significar el acontecimiento: el derrumbe momentáneo del mundo emocional y afectivo que la unía a su madre, el cual además “se le vino encima”, la pérdida de los lazos afectivos y, en un primer momento, del sentido y la orientación en el mundo.<sup>29</sup> Esta expresión coincide plenamente con las primeras manifestaciones que provoca el suceso, es decir, un estado de ánimo de ira y tristeza, un proceso de afectación que involucra no sólo la modificación de la totalidad del sujeto, el aparato sentimental.<sup>30</sup> Doña Celia ya tenía una experiencia previa de la pérdida de familiares cercanos, la muerte de una hermana, la cual ocurrió alrededor de 1933, cuando la menor tenía tres años y ella cinco. El vínculo que la unía a su hermana era muy estrecho, a tal grado que recuerda con toda claridad el momento del fallecimiento y la circunstancia emocional que padeció antes y des-

<sup>29</sup> Estudios recientes de psicología infantil consideran que alrededor de los nueve años se adquiere el carácter de irreversibilidad de la muerte, lo que implica la elaboración de un universo conceptual de ésta y que depende, entre otros factores, de la manera en que la familia y la sociedad presentan la muerte al niño, de las modalidades del desarrollo afectivo y de la experiencia personal que puede tener de ella. Este universo se expresa de manera fundamental en el temor a la muerte de los padres reales. Gabaldón, “Niño”, 1995, pp. 20-21.

<sup>30</sup> El proceso de afectación es fundamental para comprender y explicar la reorganización emocional que supone el duelo, es decir, la reorientación del mundo del sujeto que ha sufrido la pérdida del ser amado. Este proceso se caracteriza por un estado que exagera un sentimiento que, por poseerlo o poseerlo en mayor medida que los demás, juzga que los demás lo valorarán más y procurarán atender sus necesidades afectivas. Castilla, *Teoría*, 2000, p. 338.

pués del deceso.<sup>31</sup> Ambas habían contraído el sarampión, por lo que permanecían aisladas en una recámara de su vivienda debido a la posibilidad de contagiar a sus hermanos y al cuidado que se les procuraba por padecer altas temperaturas. En la atmósfera que creaba la enfermedad y los cuidados familiares, una de sus tías repetía constantemente una canción que evocaba a la muerte misma: “La muerte se apareció a la orilla de un camposanto diciendo así: ‘Nachita por qué te dilatas tanto.’”<sup>32</sup>

El fallecimiento de su hermana fue interpretado por la madre como una especie

<sup>31</sup> Dos hechos muy importantes permiten situar, en el tiempo histórico, el sentido de las pérdidas de las personas amadas de doña Celia. El primero, la política de salud que el Estado mexicano diseñó en las décadas de los años treinta y cuarenta y que tenía el objetivo de incidir en el descenso de la tasa de mortalidad infantil y materna. No deja de ser notorio que los datos censales de 1930 reportaban que, de un total de 826 357 habitantes en el Distrito Federal, 98 695 (11.95%) eran viudos o viudas, mientras que, en 1940, de 1 156 264 habitantes, 118 461 (10.25%) eran viudos o viudas, es decir, el descenso fue mínimo aunque significativo. Por otro lado, el sarampión fue una de las enfermedades de mayor incidencia entre la población infantil, lo que coincide con la experiencia de pérdida. El segundo, se refiere a que hacia el final de los años treinta y comienzo de los cuarenta empezó a publicarse un conjunto de trabajos acerca de la importancia de los cuidados maternos y la influencia que ejercían en la infancia. La segunda guerra mundial, la cual provocó enormes alteraciones en la vida familiar y social, contribuyó al interés por este problema al existir un gran número de niños y niñas sin familia o en condición de orfanda. INEGI, *Estados*, 1996, pp. 117 y 132; Marcial, “Higiene”, 2004, p. 340; Partida, “Transición”, p. 24; Delval, *Desarrollo*, 1998, p. 192.

<sup>32</sup> Entrevista a Celia Arroyo Vera en su domicilio de la ciudad de México realizada por Antonio Padilla, 29 de mayo de 2005.

de imprecación, al señalar que tal vez por repetir insistentemente la tonadilla, la tía pudiera haber invocado a la muerte y se hubiese materializado en el deceso de su hija. Doña Celia recuerda que su madre lloraba y gritaba, mientras ella se preguntaba por qué gritaba su mamá, y su padre le respondía que porque “tenía mucho dolor”. Además, sostiene que ella misma podía haber fallecido, debido al estrecho vínculo afectivo con ella. De este modo lo pone de manifiesto en dos pasajes de su memoria:

Ella me quería mucho, a donde quiera que iba yo, ella me seguía. [Al momento de enterarse de su muerte y en medio de las altas temperaturas que le provocaba el sarampión] La vi que salió por una ventana... Había plantitas y las llevábamos en una canastita llena de flores y le decía: “Espérame ahorita te alcanzo.”<sup>33</sup>

Esta primera experiencia la obligó a reorganizar sus sentimientos y los vínculos que la unían con su hermana. El apego a su madre se hizo más intenso, y para reponerse de la pérdida de su hermana, su madre la llevaba “a ver el sepulcro de su hermanita”, aunque admite que estaba convencida de que ya no regresaría. Sin embargo, a diferencia de esta primera experiencia, la muerte de su madre representó asumir, desde su condición de infante, el sentimiento de orfandad y abandono emocional, la necesidad de reordenar su mundo infantil y, por añadidura, reorganizar la economía de los sentimientos.<sup>34</sup> Así,

<sup>33</sup> *Ibid.*

<sup>34</sup> Para Bowlby, “Cuando se encuentra frente a información relacionada con una pérdida, cada individuo la procesa de un modo propio y personal que

la ruptura de la relación entre el mundo infantil y el mundo adulto, ambos mediados por la presencia de la madre, se presenta como una realidad que debe ser asimilada, pues no otra cosa significa el tono de interrogación que formula, desde su condición de infante y de huérfana: “¿por qué se murió?”, y la respuesta que elabora el mundo del adulto: “pues, ya se murió”. Dicha ruptura está representada por la muerte, real y simbólica, de la madre, porque tras un largo proceso de construcción de la estructura afectiva y sentimental, la muerte no aparece sino como un evento extraño, incomprensible e inteligible, que si bien está presente en la economía de los sentimientos y en los valores, no ocupa un lugar fundamental de los lazos afectivos. Por eso, el infante interpreta la respuesta como un acto de indiferencia ante el dolor que ocasiona la pérdida, como un gesto que acentúa el sentimiento de abandono: “eran muy secotes”, acompañada de la urgencia por situar al infante en una nueva realidad afectiva: “Al ratito traen su cuerpo.”

Reconocer y admitir la experiencia de la muerte, de su presencia, y la aceptación de ella, es parte sustancial de la reorganización de la economía de los sentimientos en cuanto implica el esfuerzo que debe ser percibido como un primer momento de la orfandad, si bien imprevisto. Doña Celia

depende de las estructuras cognitivas a través de las cuales pasa la información. Podemos llamar disposiciones cognitivas o tendencias cognitivas a esas estructuras que afectan al procesamiento general de la información”. Dichas tendencias están en función de los modelos de representación de figuras de apego, madre, padre, hermanos, parientes cercanos, amigos, entre otras, y de los vínculos que hayan formado con ellas, que el individuo ha construido durante su niñez. Bowlby, *Vínculos*, 1993, p. 243.

evoca: "Y yo la veía y decía, 'no, mi mamá no está muerta, no está muerta mi mamá, va a venir de repente', porque ella no quería mucho."<sup>35</sup>

Al desasosiego y la incredulidad, al sentimiento de soledad y ausencia, sucede la necesidad del mundo exterior por racionalizar el acto de la muerte como parte del proceso de la vida. La muerte se concibe como un acto extraordinario, fortuito y efímero que no se prepara, pero al que es necesario aceptar como una realidad inevitable. El sentimiento de la pérdida en el infante se reserva, más que en ningún otro caso, para lo íntimo, lo privado, mientras que las expresiones del duelo del adulto pertenecen a lo público al convertirse en el vínculo que lo une con el mundo exterior. Por eso, la importancia de la exhibición y la demostración pública de la fortaleza sentimental y afectiva de los infantes:

la vistieron de Virgen, creo Virgen de los Lourdes, quién sabe qué, porque le pusieron un mantito azul y en sus manos flores, pero sus manos bien flaquitas, [...] Y nos hicieron a los cuatro que le hiciéramos guardia, en la noche, cuando estaban rezando el rosario, los cuatro haciéndole guardia.<sup>36</sup>

Esta circunstancia redefine el mundo infantil y obliga al sujeto a desplazarse al mundo de los adultos. La inocencia, la ingenuidad, el sentido de protección, la ternura, el juego, la improvisación, rasgos propios del mundo infantil, deben silenciarse para así descubrir e incorporarse al mundo del adulto, de las obligaciones y las responsabilidades. Doña Celia devela

<sup>35</sup> Celia Arroyo, 26 de abril de 2005, entrevista citada.

<sup>36</sup> *Ibid.*

este mundo y reorganiza la jerarquía de los sentimientos para enfrentar su condición de orfandad y desde ese estado asumir su papel de adulto. Este acontecimiento replantea no sólo reestructurar el aparato emocional y la economía de los sentimientos, sino las representaciones y las prácticas sociales e individuales. Esto permite comprender por qué ambos momentos se presentan como una sucesión de hechos íntimamente vinculados tanto en el tiempo como en el espacio. En esta condición, doña Celia asume y desempeña el papel de la madre, reasignando los lazos afectivos que la unen con los integrantes de la familia: "Cuando se murió mi mamá, haz de cuenta que me quitaron una venda en los ojos para ver la vida ya de otro modo, de obligaciones."<sup>37</sup>

Por eso es preciso que el infante sienta la muerte y acepte los efectos que genera en la economía de los sentimientos y en él como ente biológico. La orfandad deviene en un conjunto de experiencias que conllevan que las regulaciones sociales, mediadas por la familia y en particular por la madre, adquieran nueva dimensión y que aparezcan como coacciones provenientes del mundo exterior, pese a que son inculcadas desde la primera infancia. Como ya lo hemos apuntado, el mundo infantil se trastoca, los tiempos y los espacios sociales son percibidos como imposiciones directas no mediadas por el vínculo con la madre. Las figuras, las presencias y las relaciones entre los integrantes de la familia adquieren otro significado. La vida tiene un tono de mayor seriedad y compromiso:

y cuidar a Conchita, ya fue de cuidar a mi hermanita, a mi hermano, tenerle su ropa

<sup>37</sup> *Ibid.*

lista, tener los alimentos listos porque no había quien nos los hiciera; mi hermana se caía en unas fiebres muy altas por la bronquitis, me mandaba a traer el mandado y me decía: “mira, ve haciendo la comida, de este modo, de ese otro, y apúrate porque ya van a venir a comer, ¿ya tienes la ropa lista de ellos?, porque se tienen que cambiar, tu ropa también, tienes que cambiarte y bañarte”.<sup>38</sup>

La ausencia de la madre conlleva una situación de profunda tristeza en todos los integrantes de la familia, aunque las reacciones y después las actitudes no son las mismas ante el suceso. La hermana mayor, de 16 años, cayó en un estado permanente de enfermedad, mientras que la más chica se negaba a permanecer lejos de su hermana. Esto se puso de manifiesto en uno de los espacios de socialización más importantes de la infancia, la escuela, que establece tiempos y espacios inflexibles que no pueden modificarse en su totalidad ante circunstancias externas. Esto se reflejó en el comportamiento de Martha, su hermana de seis años, quien, según recuerda doña Celia, “me hacía unos berrinchotes en la escuela”. Ella se negó a permanecer en su salón, por lo que durante una semana se le permitió permanecer junto a su hermana mayor, hasta que la maestra decidió que era el tiempo de asumir una actitud de firmeza. En el espacio escolar era posible tolerar los primeros momentos posteriores al suceso, pero la racionalidad educativa se impone a sus actores. Así, ante la resistencia de la menor de las hermanas, la maestra decidió que ya era tiempo de restablecer la normalidad afectiva: “Ya a la semana me dice, ‘¿sabes qué? Tu

<sup>38</sup> *Ibid.*

hermana tiene que irse a su clase; ni te deja a ti estudiar ni ella va a estudiar’.”

Estos sucesos aparecen simultáneos en la memoria de nuestro personaje como un proceso donde las hermanas y el hermano fortalecen sus relaciones afectivas mediante la convivencia cotidiana, compartiendo los juegos y asumiendo la responsabilidad del cuidado y la protección de los hermanos menores. Especialmente vívido es el pasaje en el que se refiere a la presencia de los cuatro hermanos en uno de los momentos que más disfrutaban:

No, pues éramos bien allegados, porque Conchita y yo siempre platicábamos y poníamos la radio, porque, qué televisión ni que nada, poníamos la radio y las comedias y todo; y había un programa que decía “Narraciones extraordinarias”, de puros espantos, y nos acostábamos, como a las siete y media empezaba, creo un cuarto de hora duraba, y estaba así la cama matrimonial, de mi papá, y nos acostábamos así, todos, hasta Roberto iba, y decía: “órale, ya hay que poner las ‘nalgaciones extraordinarias’”, ése era bien canijo, y se acostaba en medio de nosotros, y luego, en lo más emocionante de los muertos, nos echaba unos gritotes que chillaba Martha, “ya Roberto, me espantaste”, porque echaba unos gritotes.<sup>39</sup>

En contraste, la actitud del padre fue vivida por doña Celia como falta de interés y de afecto consigo mismo y con su familia, lo cual se reflejó en un acontecimiento que sintetizó el sentir del padre ante el deceso de la esposa. El comportamiento del padre fue notorio: “Sí, mi papá se volvió muy borrachito”, lo cual lo condujo, un año después de lo acontecido, a tener

<sup>39</sup> *Ibid.*

riñas permanentes, a tal grado que en una ocasión fue herido de gravedad. De esta forma lo rememora doña Celia:

Un día que llegó herido, después de vivir ahí un tiempo, en Vértiz [en la colonia Doctores de la ciudad de México]..., y pus yo hacía mi quehacer en las tardes, y tocaron a la puerta y venía mi papá bañado en sangre, todo su cuerpo bañado en sangre, y mi tía lo traía de un lado y mi hermana de otro lado, y “ándale, tiende la cama porque tu papá está muy mal”; ya le tendí la cama y dice: “vamos a esperar que venga la Cruz, porque ya le hablamos a la Cruz”. A mí no se me va a olvidar porque fue una impresión muy grande, que abrí la puerta y vi a mí padre bañado en sangre, y luego y sí vino la Cruz por él, se lo llevaron; ahí estaba en Revillagigedo la Cruz Verde..., y mi tía me dice: “Vamos allá a la Cruz a ver qué le van a hacer a tu papá.” Nos tuvimos toda la noche ahí. Como a las tres de la mañana salieron los doctores que ya lo habían operado porque tuvo un piquete, lo apuñalaron, un piquete cerca del corazón; dice: “si no lo operamos se hubiera muerto el señor”.<sup>40</sup> (Véase imagen 5.)

Otros dos sucesos marcaron la reconfiguración de los lazos afectivos y emocionales de doña Celia con su padre: el primero, el cambio de casa, y el segundo, “descubrir” una nueva relación conyugal de su padre, en especial este último. Según sostiene la entrevistada, la mudanza de casa la decidió su tía junto con su padre:

Y cuando murió mi mamá, mi tía me dijo que iba a buscar otra casa para que se nos olvidara un poco la muerte de mi mamá, y sí, se vino como para el centro, y ahí encon-

<sup>40</sup> *Ibid.*

tró un departamento, también de tres recámaras, pero ya más grandes las recámaras, y el baño estaba adentro.<sup>41</sup>

Al dolor de la desaparición física y la ausencia sentimental de la madre, el estado de orfandad física y emocional se intensifica con nuevas presencias que, simbólicamente, sustituyen a la madre:

No, él ocupado por allá... Te digo que, cuando fuimos al Juárez, ya andaba el niño caminando, ahí el Pablo, y a mí... bueno, yo creo que es la sangre, cuando lo vi dije: “¡ay, que niño tan bonito!” Y luego ya, cuando veníamos caminando, dice mi tía Anita, le dice a mi tía Consuelo, dice: “cómo ves, ese niño es de Pablo”, y ya nos abrí los ojos y sentimos feo, bueno, yo sentí feo, y dije: “ay, cómo va ser de mi papá..., ay pues si apenas se murió mi mamá, cómo voy a creer que mi papá ya tenga un hijo con esa señora”, pues sí fue. Yo creo que cuando empezó a estar enferma mi mamá, empezó él a buscar pareja..., y la encontró en “La Güera”.<sup>42</sup>

Ahora bien, la distancia del padre se compensó con la cercanía afectiva de un tío, quien se hizo cargo de acompañar a las menores en la redefinición de los lazos y los vínculos con el mundo exterior. Uno de los gestos que más recuerda doña Celia de ambos personajes fue la clausura de los cursos. Ella concluía su educación primaria y asegura que uno de los eventos que más entusiasmo había despertado era la entrega de su certificado, el cual espe-

<sup>41</sup> Entrevista a Celia Arroyo Vera realizada por María Concepción Martínez Omaña, en su domicilio particular, ciudad de México, 16 de agosto de 2003.

<sup>42</sup> Celia Arroyo, 26 de abril de 2005, entrevista citada.



Imagen 5. Retrato de familia y amigos. En la primera fila, de izquierda a derecha: Francisco Juárez (tío Panchito), tía Consuelo, don Pablo, Concepción Arroyo Vera (hermana de doña Celia), la joven Carmela (amiga de la familia). Abajo, en el mismo orden: Roberto Arroyo Vera (hermano de doña Celia), Celia Arroyo Vera, Alejandro Juárez (tío Alejandro), quien carga entre sus manos a un "perrito", y la niña Marina (amiga de la familia). Al frente, Martha Arroyo Vera (hermana de doña Celia), *ca.* 1940, en Cuautla, Morelos, México. Álbum fotográfico familiar de Celia Arroyo Vera.

raba entregar en manos de su madre. El acto de entrega del certificado lo recuerda con gran nitidez:

Pues fue tristeza, porque no fue ni mi mamá ni mi papá, fue mi tío Panchito. Mi papá lo mandaba: "acompañala, que le den su certificado", porque tenía que ir una persona grande y él fue, mi tío; pues para mí fue una cosa bella mi tío también, porque pues andaba ahí, cerca de nosotros, como quiso mucho a mi mamá, se acercó mucho más a nosotros cuando murió mi mamá, y este, pues para mí era un respaldo también mi tío.<sup>43</sup>

<sup>43</sup> *Ibid.*

Más allá del núcleo familiar, donde se crean y consolidan los contactos sociales e individuales más íntimos, también se redefinen y reorganizan las relaciones y los vínculos sentimentales y mentales, los lazos con el mundo exterior adquieren nuevos significados para adaptarse a la jerarquía y a la economía de los sentimientos. Al parecer, los círculos familiares y sociales se ensanchan o se restringen, según son percibidos desde la mirada de la orfandad. La ausencia de la madre también es la ausencia de vínculos que los unían a su familia. Tras el fallecimiento de la madre, las visitas y los cultivos de los lazos familiares se vuelven más intermitentes,

hasta desaparecer casi por completo. Por ejemplo, doña Celia recuerda que su abuelita “de repente iba a vernos”, advirtiéndoles siempre que las visitaba: “nomás les digo niñas, no se vayan a andar pintando, ¿eh?”, siendo su principal preocupación prevenir conductas sociales indeseables a las que estaban expuestas por carecer de una vigilancia materna. A la par de sus consejas, sabía brindarles gestos de cariño, pues acostumbraba, como lo había hecho antes de la muerte de su hija, acompañar sus visitas con canasta de frutas, evocándole una infancia feliz y despreocupada: “Uh, con ésos a mí me envenenaban, porque eran tan dulces, tan sabrosos y nos llevaba una canastita llena de zapotes [blancos].” En efecto, estas visitas eran percibidas como gesto de amparo y protección de los vínculos afectivos y familiares, pues pese a su brevedad y su fugacidad, eran un motivo de felicidad, “y sí me daba gusto que fuera un rato, nomás nos iba a ver y ya la salíamos a encaminar”.<sup>44</sup>

Otros de los lazos familiares que habían sido cultivados por su madre fueron con los hermanos de ella, especialmente dos de ellos, el tío Alfonso y el tío Hilario, quienes constituían un elemento primordial de los lazos afectivos de los padres de doña Celia. Precisamente por ello, los cambios en el trato y en dichos lazos fueron más notorios: “pues ya no fue como antes la amistad que tenía, cuando vivía mi mamá”, lo que se expresa en la frase que estrecha el círculo de relaciones y lazos familiares a los parientes de su madre: “ya no más”. Al morir la madre, éstos los visitaban de tiempo en tiempo: “de repente iban a vernos”, rememora doña Celia.

<sup>44</sup> *Ibid.*

En contraste, los vínculos más próximos se establecieron con dos hermanas del padre, don Pablo, la tía Consuelo y la tía Anita, “las que teníamos cerca”, tanto real cuanto simbólicamente, es decir, fueron ellas quienes prácticamente se encargaron del cuidado, la protección y la crianza. En especial la tía Consuelo fue percibida “como nuestra madre”, porque en efecto cumplía la función que las representaciones y las prácticas asocian a esta figura, esto es, completaba la labor materna inconclusa: “Nos enseñó a planchar, a lavar, a bordar, a estudiar, nos metió a la escuela de corte a las dos [Conchita y Celia].” La presencia de la tía Consuelo no siempre fue la misma en la jerarquía de los lazos afectivos de doña Celia. Hasta antes de morir su madre, ella ocupaba un lugar muy parecido al de las hermanas: “Sí, mi tía Consuelo siempre vivió con mi papá; ella fue como una hermana de nosotros, inclusive quería a mi papá como su papá y lo obedecía.” Así, el vínculo afectivo con ella era de respeto y cariño, aunque su presencia era menos notoria porque trabajaba y, en esa circunstancia, asumía la figura de la tía, “la respetamos siempre como nuestra tía”. La relación de parentesco se subordinaba a la relación entre madre e hija: “Mi mamá le hablaba de tú, siempre ‘tú Chelo o Consuelo’, le decía, y ella siempre le decía ‘usted Aurora’, siempre le habló de usted a mi mamá, pero se llevaron bien”. De hecho, el aprendizaje del papel de la madre fue paulatino y, una vez que ocurrió el deceso, asumió el papel de la madre, ocupando un lugar distinto en la jerarquía de los sentimientos.

Al evocar lo que representó la muerte de la madre y la condición de orfandad, doña Celia concluye:

No, pues yo decía, tenía yo la ilusión de que un día se me iba a aparecer, iba a aparecer; luego estaba yo lave y lave y sentía... y me quedaba pensando, "mamá", va a venir, decía yo misma, "va a venir" y volteaba yo para la puerta y me quedaba viendo y decía "no, no, sí esta muerta", porque yo siempre pensaba que iba a regresar mi mamá.<sup>45</sup>

#### PALABRAS FINALES

En el marco de la actual renovación historiográfica, una de las figuras centrales es la presencia de la infancia como sujeto de la historia. Esto ha sido alentado por la incursión y la influencia de los estudios culturales, los cuales destacan la presencia de nuevos actores. Este texto representa una aproximación al estudio de la infancia, en particular al estudio de la infancia huérfana, a la importancia de los lazos afectivos y mentales que unen a la infancia con otros ámbitos de las relaciones sociales, en especial los que se organizan alrededor de la familia. Desde ahí se propone una lectura de la economía de los sentimientos, de los lazos afectivos, de los efectos que provocaba el acontecimiento de la muerte entre los integrantes de una de las familias mexicanas en las décadas de los años treinta y cuarenta.

#### PERFIL DE LA ENTREVISTADA

Celia Arroyo Vera. Nació en la ciudad de México el 1 de mayo de 1928 en la colonia Doctores, donde vivió gran parte de su infancia. Tercera hija de una familia compuesta de tres hermanas y un herma-

<sup>45</sup> *Ibid.*

no. Su madre fue comerciante y ama de casa; su padre chofer del cónsul de España en México y taxista. Celia Arroyo se casó a los 21 años y tuvo ocho hijos: cuatro hombres y cuatro mujeres.

#### BIBLIOGRAFÍA

-Aceves Lozano, Jorge E., "Sobre los problemas y métodos de la historia oral" en Graciela de Garay (coord.), *La historia con micrófono*, Instituto Mora, México, 1999.

-Ariès, Philippe, *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen* (versión castellana de Naty García Guadilla), Taurus, México, 1998.

-Bowlby, John, *La pérdida. Tristeza y depresión*, Paidós, Barcelona, 1993.

———, *Vínculos afectivos: formación, desarrollo y pérdida*, Ediciones Morata, Madrid, 2003.

-Castilla del Pino, Carlos, *Teoría de los sentimientos*, Tusquets Editores, Barcelona, 2000.

-Chartier, Roger, *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito*, Departamento de Historia-Universidad Iberoamericana, México, 2005.

-Collado, Ma. del Carmen, "¿Qué es la historia oral?" en Graciela de Garay (coord.), *La historia con micrófono*, Instituto Mora, México, 1999.

-Delval, Juan, *El desarrollo humano*, Siglo XXI Editores, México, 1998.

-Gabalón, Sabel, "El niño y la muerte", *El Niño. Revista del Instituto del Campo Freudiano*, núm. 2, 1995, Barcelona.

-Halbwachs, Maurice, *Los marcos sociales de la memoria*, Antrophos Editorial, Barcelona, 2004.

-INEGI, *Estados Unidos Mexicanos. Cien años de censos de población*, Aguascalientes, INEGI, 1996.

-Leserre, Aníbal, *Un niño no es un hombre, psicoanálisis con niños*, Atuel, Buenos Aires, 1994.

-Marcial Avendaño, Armando A., "Higiene y metrópoli en el gobierno de Álvaro Obregón"

en María del Carmen Collado (coord.), *Miradas recurrentes. La ciudad de México en los siglos XIX y XX*, Instituto Mora/UAM, México, 2004, t. I.

-Mause, Lloyd de, "La evolución de la infancia" en Lloyd de Mause *et al.*, *Historia de la infancia* (versión española de María Dolores López Martínez), Alianza Editorial, Madrid, 1994.

-Necoechea Gracia, Gerardo, "Prólogo" en Patricia Pensado Leglise (coord.), *El espacio generador de identidades locales. Análisis comparativo de dos comunidades: San Pedro de los Pinos y El Ocotito*, Instituto Mora, México, 2004.

-Padilla Arroyo, Antonio, "La infancia revisada. Un debate historiográfico" en Carlos

Escalante Fernández y Antonio Padilla Arroyo, *La ardua tarea de educar en el siglo XIX. Orígenes y formación del sistema educativo en el estado de México*, SMSEM/ISCEEM/Gobierno del Estado de México, Toluca, México, 1998.

-Partida Bush, Virgilio, "La transición demográfica y el proceso de envejecimiento en México" en <<http://www.ejournal.unam.mx/demos/no.4/DM500402>>.

-Pensado Leglise, Patricia, "Introducción" en Patricia Pensado Leglise (coord.), *El espacio generador de identidades locales. Análisis comparativo de dos comunidades: San Pedro de los Pinos y El Ocotito*, Instituto Mora, México, 2004.